

La Pirámide de Fuego

Los dioses de los Cinco Rumbos: Los cuatro estados de materia con el Supremo.

Tonacatecuhtli y Tonacacihuatl, padre y madre de los dioses: la creación del, hombre y la mujer; la dualidad en el universo- Por sobre todo, en todos los mundos y en todos los tiempos, existe Tloque Nahuaque, Señor de la Intima Vecindad, Armonía consciente, espíritu universal inimaginable, sin forma: el Absoluto.

De su seno nace Tonacatecuhtli Señor de Nuestro Sustento, padre de todos los dioses y todos los mundos, creador de todos los cosmos: todas las Galaxias.

De su seno nace Tzitzimime, Gigantes que descienden de lo Alto, nuestra galaxia: la Vía Láctea. De su seno nace Tonatiuh, Señor de Nuestro Sistema Solar, dador de vida a los planetas, plantas, bestias y hombres: el Sol.

De su seno nacen sus hijos y sus hijas, que giran reverentes en su rededor: Mixcóatl, la Culebra de Nube, Saturno; Tezcatlipoca, el Espejo Humeante, Júpiter; Huitzilopochtli, el Mago Colibrí, Marte; Itz'papalotl, la Mariposa de Obsidiana, Venus: Paynal el Corredor Veloz, Mercurio: los planetas.

Y Tlaltecuh'tli, Señor de nuestro planeta, viviente esfera de roca, tierra, aire y anhelo: la Tierra. Sobre la cual florece Xochiquetzal, Pluma Florida, diosa de todo cuanto vive, crece, florece y se engendra sobre la tierra: la Naturaleza. Y de la Tierra y la Naturaleza nace Meztli, lo último, el fin: la Luna. Estos ocho niveles de la divinidad, cada uno de los cuales es nada para aquel de quien procede, pero infinito para aquel a quien da vida, semejan las ocho notas de la escala de la música cósmica. Tonatiuh, Mixcóatl, Tezcatlipoca, Huitzilopochtli, Itz'papalotl, Tlaltecuh'tli, Paynal, Meztli; como el Sol, los Planetas y la Luna, suenan las ocho notas de la música solar.

Las ocho notas de la música de la Naturaleza suenan como héroes, hombres, animales, insectos, plantas, suelo, rocas y metales. Las ocho notas de la música humana suenan como espíritu, corazón, cabeza, simiente, sangre, entrañas, nervios, y huesos.

Pues lo de arriba crea a lo de abajo, y lo de abajo refleja a lo de arriba. Y el Universo es Tezcatlipoca, Espejo Humeante, en el que el hombre todavía no ve con claridad.

II- Todas las cosas del cielo y de la tierra se crean por tres fuerzas. Sin ellas nada puede producirse, manifestarse o desarrollarse. De aquí que cada uno de los mundos no lo gobierne un dios, sino tres: uno masculino, uno femenino, uno mediador; uno activo,

uno pasivo, uno imparcial. Solamente Tloque Nahuaque es uno. Tonacatecuhtli, Señor de Nuestro Sustento, y Tonacacihuatl, Señora de Nuestro Sustento, reconciliados por Ometecuhtli, Señor de la Dualidad, gobiernan todas las Galaxias. Centzon Huitznaua, 400 al Norte, y Centzon Mimixcoa, 400 al Sur, reconciliados por Tzitzimime, Gigantes que descienden de lo Alto, gobiernan la Vía Láctea.

Solamente Tonatiuh es uno. Tlaltecuh'tli, Señor de la Tierra, y Tlazolteotl la Madre Tierra, reconciliados por Coatlicue, Vestido de Serpiente, gobiernan nuestra Tierra. Xochiquetzal, Pluma Florida, Xochi'plli, Príncipe Florido, y su hijo, Cinteotl, Dios del Maíz, gobiernan la Naturaleza. Meztli y su hermana Coyolxauqui, Pintada con Cascabeles y con Cráteres, reconciliada por Tecciztecal, el del Caracol Marino, gobiernan la Luna.

Mictlantecuhtli, Señor de la Muerte, y Mictlancihuatl, Señora de la Muerte,

reconciliados por Teoyaomiqui, Señor de los Guerreros muertos, gobiernan al Mundo de los Infiernos.

Cada mundo es el juguete de tres dioses, tres fuerzas, y su campo de juego. Y como uno u otro dios guía, como uno u otro dios sigue, como uno u otro dios concluye, pueden surgir seis clases diferentes de juego, seis procesos que crean cuanto ocurre o puede ocurrir. Y las seis clases de juego divino deciden el crecimiento, la decadencia, la purificación, la enfermedad, la curación y la regeneración de ese mundo.

III- Y como tres fuerzas lo crean todo, en todo cuanto es hecho hay cuatro estados de materia, y cuatro deidades los gobiernan:

Xiutecuhtli, Señor del Año, gobierna la materia masculina, activa: el fuego.

Chalchihuitlicue, la del Manto Enjoyado, gobierna la materia femenina, pasiva; el agua.

Ehecatl, Dios del Viento, gobierna la materia mediadora, imparcial: el aire. Cihuacoatl, la Mujer Serpiente, gobierna la materia inerte,

carente de toda fuerza: la tierra.

Y como tres fuerzas lo crean todo, hay cuatro estados de tiempo, cuatro estaciones del año, y cuatro deidades las gobiernan: XipeTotec, el Desollado, gobierna la estación ardiente, cuando la tierra se desnuda: la Primavera. Tiáloc, El que hace Germinar, gobierna la, estación húmeda, cuando la tierra se engalana: el Verano.

Chicomecoatl, la Séptima Serpiente, Diosa del Maíz, gobierna la estación de los vientos, cuando la tierra se adorna: el Otoño. ItzIacoliuhqui, Cuchillo enroscado,

gobierna la estación terrosa, cuando la tierra se despoja: el Invierno.

IV- El hombre no puede hacer. Cuando guerrea, ama, cosecha, son los ritmos de los grandes dioses, los planetas, que sobre él actúan y le hacen obrar.

Cuando el hombre comprende que de sí mismo nada puede hacer, puede aprender a servir a los dioses. De aquí que deben ser conscientes de los ritmos de los dioses. El calendario que gobierna la vida del hombre, el tonalpohualli, se base en los ritos de los planetas que giran más cerca de la tierra: Paynal, Mercurio; Quetzalcoatl, Venus; Huitzilopochtli, Marte. Pues es Paynal quien gobierna el movimiento y la danza de los hombres; Quetzalcoatl gobierna su crecimiento y su fertilidad; Huitzilopochtli gobierna la lucha y la guerra de los hombres. Y así como el Sol alumbró la tierra en la misma forma cada 365 días así cada 117, Paynal brilla sobre la tierra en la misma forma, cada 585 días brilla Quetzalcóatl en la misma forma, cada 780 días brilla Huitzilopochtli en la misma forma.

De aquí que la semana sea de 13 días —factor de los ciclos de Paynal y Quetzalcóatl; que el mes sea de 20 días —factor de Huitzilopochtli; y el tonalpohualli, o año santo de los planetas, sea de 13 x 20, ó 260 días. Y paralelamente a este año santo de los planetas discurre el año de Tonatiuh, el Sol, por el cual el hombre siembra, cosecha y reconoce las estaciones. Y los dos años representan el doble juego de la divinidad en los cielos; uno, el juego del Divino Muchos, y otro, el juego del Divino Uno.

De modo que un tonalpohualli mide dos y un cuarto ciclos de Paynal, o Mercurio; un tonalpohualli mide cuatro novenas partes de un ciclo de Quetzalcóatl, o Venus; un tonalpohualli mide una tercera parte de un ciclo de Huitzilopochtli, o Marte; un tonalpohualli mide dos tercios de un ciclo de Míxcóatl, o Saturno. El tonalpohualli mide los ciclos de todos los planetas. Y después de nueve tonalpohualli, Paynal, Quetzalcóatl y Huitzilopochtli brillan todos sobre la tierra en la misma forma, todo empieza de nuevo, se da una nueva oportunidad.

Después de setenta y tres tonalpohualli (52 años), este año de los planetas coincide con

el año de Tonatiuh, el Sol. Durante cinco días se apagan todos los fuegos; luego se enciende un nuevo fuego en la Montaña Sagrada, fuego recogido directamente del fuego solar; y con gran regocijo se alumbran de él los fuegos de este hijo del fuego del sol.

Después de ciento ochenta tonalpoahualli (76 años), los ritmos de los planetas menores se unen a los ritmos de los planetas mayores. Todos los planetas que dan forma y carácter al hombre brillan juntos en la misma forma: tal es la duración de la vida de un hombre. Y al cabo de seiscientos cincuenta y siete tonalpohualli (468 años), los ciclos de los planetas menores y el ciclo del sol terminan juntos. Tonatiuh, Huitzilopochtli, y Quetzalcóatl brillan al mismo tiempo, otra vez, en la misma forma. Esta es una edad, la duración de la vida de una cultura.

V- En los cielos, por encima de la Tierra, navega Tecciztecal la Luna y Tonatiuh el Sol. Y la tierra y todas sus criaturas yacen bajo su poder.

Sobre la superficie de la tierra existen los reinos de la Naturaleza, la informe vida de las aguas, árboles, insectos, animales y dos clases de hombre. Una clase es el hombre ordinario, desnudo, inerme, siempre amenazado por los dardos de la muerte. La otra clase es el hombre superior. En la sombra del altar, las espinas del maguey de la penitencia se transforman para él en las alas del alma, y en sus manos equilibra los cuatro estados de la materia. Ha logrado la conciencia, es; ha logrado el poder, y puede obrar.

El animal agonizante, atado al árbol de que se alimenta, entrega su energía vital a Tecciztecal, la Luna, mientras su cuerpo, convertido en cadáver, lo traga Tlaltecuhli, la Tierra. Así, todo devora y es devorado, come y es comido, en la jerarquía cósmica. Las plantas se alimentan de los minerales, y éstas alimentan a los animales. Los animales se alimentan de plantas y, a su vez, son alimento para la Tierra. También el hombre, como organismo animal, devora plantas y su cuerpo a su turno, es devorado por la Tierra. Y si no es más que cuerpo no tiene otro destino.

Pero el hombre superior se nutre del sacrificio, desarrolla su alma y su alma deviene el alimento de Tonatiuh, el Sol. Así como las espinas del maguey descansan sobre el lecho de yerbas, así el alma del hombre, liberada, descansa en la colina del cielo.

VI- El nacimiento del hombre: mediante Tlazolteotl, la Madre Tierra, en su disfraz de Ixcuina, consumidora de lo rechazado que toma en sí todo lo que muere y se pudre, y lo hace todo de nuevo, renovándose incesantemente y renovando todo cuanto sobre ella vive. Lleva su piel muerta, mientras debajo crece la nueva. Encima y próximo a entrar al reino de la materia, está el germen o símbolo del hombre por nacer; emerge desde la Madre Tierra al mundo de los hombres. Pero Tezcatlipoca, un Halcón, heraldo de los dioses, también está ahí. Sobre la cabeza el símbolo de la Vía Láctea; sobre el pecho, el disco solar, y en sus manos las alas del alma del hombre, la ofrenda de los dioses en el nacimiento. Y entre la Madre Tierra y el Heraldo del Cielo se encuentra el símbolo de la naturaleza dual del hombre, el terrenal ciempiés de su espina dorsal entrelazado con la serpiente celestial de la conciencia que lo puede habitar.

Y otra vez, abajo, a la izquierda, lo que permanece cuando las alas, la serpiente, han volado: el corazón del guerrero muerto y su cabeza sobre el altar, el cráneo del prisionero muerto sobre el potro de las calaveras. Porque la vida retornará a sus fuentes y el alma a su principio.

VII- El hombre trepa por el Arbol de la Vida entre Tonatiuh, Señor del Sol y de la Vida, y Mictlantecuhtli, Señor de los Infiernos y la Muerte. Al pie del árbol, que crece entre símbolos que representan a la Tierra, el Aire, el Fuego y el Agua, se reúnen las partes constitutivas que intervienen en su concepción: la simiente con la cual sus padres lo engendraron, el cerdo de la personalidad, el águila del espíritu, y, en una canasta tachonada de estrellas, los huesos de la mortalidad y las alas del alma.

La cima del árbol es la muerte donde brilla el mismo Sol, el sol de medianoche, y desde el cual radian cuatro senderos o caminos. De aquí surgen las alas del alma, por fin liberadas. Mientras que encima sus varias partes separadas por la muerte, corren cada una a su destino. A la izquierda, el campo de la muerte, va el cadáver envuelto en su mortaja, la bestia que retorna a la raíz del árbol. A la derecha, el lado de la vida, la serpiente de la conciencia que vino del Sol y al Sol retoma, y el espíritu por el que el hombre es transfigurado en el mundo estelar.

Y por encima de todo, vela la Vía Láctea de inúmeros soles.

VIII- Chalchiuhtlicue: la diosa del agua terrenal, de aquello que fluye, corre, se derrama hacia adelante y hacia abajo, llegando siempre a niveles más profundos. Chalchiuhtlicue hinche los frutos y las flores únicamente para que decaigan. Chalchiuhtlicue llena la jarra de pulque para que el hombre olvide. Chalchiuhtlicue,

corriente que desciende en el curso de los ríos, corriente que fluye en el curso del tiempo, llevando a los hombres, los desechos y los implementos de la guerra, inermes, a su fin inevitable. Tlaloc: el dios del agua celestial, dios del vapor que se eleva desde la tierra calentada por el Sol después de la lluvia, dios de la niebla que se eleva en los valles al amanecer. Tlaloc: dios del agua que retorna a su fuente, de las nubes que sobrenadan por encima de los picos más altos, del húmedo incienso en el que se elevan las plegarias del copal y de los sacrificios, Tlaloc: retorna del vapor que pugna por elevarse; es el retomo del tiempo que pugna por volver hacia atrás. Tlaloc: dios de la lucha contra la corriente, por quien el héroe combate contra los torrentes, hacia su propio origen y principio, hacia las alas de su alma, las alas que Tlaloc esconde en su pasado.

IX- Quetzalcóatl, la Serpiente Emplumada, se mueve entre los dioses y los hombres.

Pues Quetzalcóatl es Dios que posee al hombre, y hombre que logra a Dios. La Serpiente Emplumada nace cuando aquello que reptaba sobre la tierra crece alas para que lo eleva

al cielo. La Serpiente Emplumada es la astucia de la serpiente unida al vuelo del águila; es lo que vive sobre la tierra pero que pertenece al cielo. Quetzalcóatl es el Hombre Superior, el Círculo Interno de la Humanidad, el eslabón entre los dioses y los hombres. Todos los hombres están hechos de Tierra, Aire, Agua y Fuego, criaturas de Cihuacoatl, Chalchihuitlicue, Ehecatl y Xiutehcutli. Todos los hombres reciben sus formas de los planetas, por Mixcoatl, Tezcatlipoca, Huítzilopochtli, Itzpapalotl, Paynal y Metztli. Pero en su corazón y en su simiente, cada hombre tiene su propio coatl, su propia serpiente, la energía de Tonatiuh, el poder del mismo Sol. Y en esta serpiente duerme la conciencia. En esta serpiente se halla escondida su divinidad. De esta serpiente han de crecer sus alas.

En el hombre ordinario, la serpiente es de una sola cabeza, hiriente, mordaz y sin control. La energía de Tonatiuh, con su don de conciencia, escupe de ella, se hace veneno. El hombre ordinario no puede conservarla, tampoco utilizarla.

Pero quien busca aprende a volcar su serpiente hacia dentro. Y la serpiente hiere al enemigo que lleva en sí. Dispara hacia dentro y hacia fuera. Crea la serpiente de dos

cabezas. El hombre se recuerda a sí mismo, en su misma vecindad. Tal es la serpiente de dos cabezas.

El héroe aprende un gran secreto. Por el conocimiento, el esfuerzo, el sacrificio, hace que su serpiente envaine sus colmillos y trague su propio veneno. Y ¡he aquí que de la digestión de su propio veneno crecen sus alas! Ha nacido en el Quetzalcóatl, la Serpiente Emplumada. Se mueve entre los dioses y los hombres. Pero Quetzalcoatl también es el planeta Venus. Como dios, es uno de la triada con Itzapapalotl, la Mariposa del Obsidiana y Tlahuizcaloantecuhtli, Señor de la mañana. Porque así itzapapalotl gobierna el nuevo crecimiento, la muerte y el renacimiento de las criaturas, así Quetzalcóatl gobierna el nuevo crecimiento, la muerte y el renacimiento de las almas de los hombres. En cuanto ser humano, enseña como los dioses pueden nacer en los hombres; en cuanto ser divino, enseña como los hombres pueden renacer en los dioses.

X- Hay una energía oculta en el corazón, viene de Tonatiuh, el Sol y si el hombre la rinde devolviéndola conscientemente al Sol, deviene inmortal. Más, para liberar esta energía es necesario el sacrificio; el hombre ha de sacrificar los deseos y hábitos que adora; sacrificarlos en sí mismo, y volver el cuchillo contra el enemigo que lleva en sí y que mantiene prisionero al corazón. En los últimos tiempos los hombres recordaban estas palabras. Pero olvidaron su significado. Hicieron enemigos de otros hombres para sacrificarlos y arrancarles el corazón, creyendo complacera Tonatiuh con semejante ofrenda. Tal fue la degeneración. Era superstición. Cuando el temor se une al conocimiento, se hacen cosas terribles. Es uno mismo, en sí, quien ha de ser sacrificado. Es el propio corazón el que se ha de arrancar del falso ser y ofrendar a lo alto. ¡Qué Xiutecuhtli, Señor del Fuego, quemame mi falso ser! ¡Qué Itzapalpotec, Cuchillo de Obsidiana, mi corazón libere!

XI- Terrible es Itzlacoliuhqui, Cuchillo de Obsidiana, diosa del sacrificio. Maravillosa y terrible. Pues el cuchillo del sacrificio libera a la sangre de todo: sangre de los criminales lapidados, sangre del venado descabezado, también sangre de la piedra que les mató, sangre del cuchillo mismo. Sangre de la saeta del poder, sangre de la bolsa de incienso. Sangre de la fuerza vital que vuela hacia la luna, sangre del alma misma. Sangre del sistema solar, sangre de cada estrella. ¿Qué es esta sangre de la que participan las piedras con el alma, los hombres con los soles? Es la unidad universal, la fuerza creadora única, congelándose en miríadas de formas y que, al quedar liberada por el sacrificio, regresa a la unidad. Porque sacrificar es obrar con intención, obrar con conciencia. Sacrificar lo que se nos ha de quitar de todos modos es defraudar al destino que lo toma. ¡Defrauda a la muerte, sacrificando la vida! Pues de la mano que esgrime el Cuchillo de obsidiana, diosa del Sacrificio, brotan ya los gérmenes de la vida por venir.

XII- ¡A vivad, pues, el fuego del sacrificio! ¿Se elevan ya las llamas en el cerro de la Estrella hacia Cuihuacan, o es mi propio corazón el que arde? El ciclo de los años ha pasado, terminó la espera. Venid y reunios, peregrinos, que el cielo está encendido. ¡De Xochicalco a Teotihuacán se expande el rojo! Un paso, otro paso, y otro . . . Tan sólo doce breves pasos desde la caverna del vientre hasta la conflagración final. Ahora Cihuacoatl, Ehecatl, Chalchihuitlicue y Xiutecuhtli están incendiando los cuatro elementos. Los siete dioses de los planetas arrojan sus presas: Tlatecuhtli mis huesos, Metzli mis entrañas, Paynal mis miembros, Itzapapalotl la dulce carne; Huitzilopochtli agrega mi pasión, Tezcatlipoca mi lástima, Míxcoatl mi frágil mente.

Chisporrotea el fuego en la consumación. ¡Alzaos, alzaos, oh llamas! ¡Cuánta luz, cuánto calor! ¡Qué grandioso holocausto! El humo se levanta y vira, la oscuridad se esfuma. Y las llamas se elevan hasta el trono de Tonatiuh, la purísima llama.

Sistema cuarto camino

La Piramide de Fuego de Collin Rodney